

ELECCIONES EN COLOMBIA



La guerrilla opera cada una por su cuenta, y a veces se enfrenta entre sí



Bogotá

De los grupos guerrilleros que, bajo distintos gobiernos y desde hace muchos años, operan en los montes, en

la selva colombiana, sólo depuso las armas, después de pactar con el todavía hoy presidente, **Virgilio Barco**, su paso a la lucha civil y con garantías de no sufrir represalias, el muy conocido M-19, que dirigía el hace poco asesinado, con premeditación, alevosía y múltiples agravantes de complicidad que otros llaman negligencia, **Carlos Pizarro**. El M-19 ha pasado a la normalidad civil, si lo que aquí se vive es normalidad y es civil, y **Carlos Pizarro** ha pasado al cementerio central de Bogotá en olor de multitud. Cosas peores se han visto en Colombia y temo que cosas peores se verán; antes y después de las inminentes elecciones con ganador, **César Gaviria**, y cabeza de la oposición, **Rodrigo Lloreña**, anunciados, si no se arma la de Dios es Cristo, o aunque se arme. El sucesor de **Pizarro**, **Navarro Wolf**, se presenta como candidato de Alianza Democrática M-19.

Pero quedan todavía otros grupos guerrilleros que si sumaran sus efectivos de combatientes, cosa imposible por sus características y diferencias, podrían formar un ejército de entre 30 o 40.000 hombres, eso cuentan. Estas guerrillas siguen enfrentándose al Ejército, hostigando a la Policía, raptando o incautándose del ganado de los terratenientes,

La fuerza de los grupos guerrilleros

José Agustín Goytisolo

explotando o arrasando los campamentos y laboratorios de coca, desafiando, en fin, al propio auto-proclamado Estado de derecho, que ellos no consideran tal.

El grupo más conocido y poderoso es el FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), algo así como el brazo ilegal o liberado del legal y débil Par-

tido Comunista de Colombia; el EPL (Ejército Popular de Liberación), de corte maoísta, que ahora anda dividido entre los que desean pactar su paso a la vida civil y entregar las armas y los duros, que desean continuar, sobre todo, creo, después de conocer la muerte de Pizarro; el ELN (Ejército de Liberación Nacional), marxista-leninista también, con otros matices, claro, que se niega y se ha negado siempre a pactar con el Gobierno o con quien sea, y uno de cuyos dirigentes es el cura español **Manuel Pérez Jiménez** (Manolo para los suyos, pues sus apellidos recuerdan a los de un dictador venezolano de ingrata memoria) y que cuenta entre sus mártires a otro cura cuyo nombre dio la vuelta al mundo de la progresía: **Camilo Torres**; el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), de rumbo trotskista, grupo muy versátil y disperso, como conviene tradicionalmente a los aires menos dogmáticos de la IV Internacional, y finalmente, el grupo guerrillero que opera con el nom-

bre de **Quintín Lame** (nombre para mí simpático, pues me recuerda a **Quintín Banderas**, el cubano que inspiró a **Valle Inclán** el nombre del protagonista de su espléndida novela «Tirano Banderas»), grupo este formado por indios o por mestizos y hasta blancos, pero indigenistas.

La lucha que sostienen estas diversas guerrillas no obedece a un plan conjunto. Son fuerzas que operan cada una por su cuenta, en territorios que eligen, contra objetivos, salvo el Ejército, dispares, con métodos diferentes y que a veces se enfrentan entre ellas por motivos ideológicos o por disputarse un ámbito de actuación en conflicto.

El fenómeno guerrillero, here-

dado de España, es de antigua tradición en Colombia desde su independencia. Aquí, como en la península, anduvieron a tiro limpio o sucio buena parte del siglo pasado y buenísima parte del que termina, normalmente entre liberales y conservadores, pero también entre representantes de grupos oligárquicos enfrentados o de estos con los campesinos.

Han existido y existen pactos puntuales, incluso duraderos entre algún guerrillero, de los antes citados, con los grandes ganaderos que les suministran alimentos y armas a fin de que limpien sus pastizales de cuatros,

pues las bandas de ladrones de ganado son muchas y actúan con una frecuencia que es casi regularidad. También en las plantaciones de coca se llega a acuerdos entre los cultivadores y refinadores con grupos de guerrilleros, en su lucha común contra el Ejército colombiano, que no suele aparecer mucho por allí en forma sistemática, pero que de cuando en cuando lo hace para cubrir el expediente: el territorio es enorme y el Ejército no puede, aunque quisiera, abarcar tal vastedad.

Cuando las peticiones en dinero, armas, alimentos por parte de

los guerrilleros van en aumento o resulta demasiado onerosa, ganadero y procesadores de coca rompen la baraja y organizan bandas armadas, más baratas, para defenderse, a la vez, de cuatros, guerrilleros, soldados y otros extorsionistas.

Y Colombia aguanta todo esto porque el país es rico. Hay bolsas de miseria en los suburbios de las grandes ciudades, como en Europa o EE UU, y también subdesarrollo, pero el país es rico, no comparable en nada al Perú o a Bolivia.

De las bolsas de miseria suburbanas salen los sicarios, ahora los niños sicarios, a los que se les enseña a asesinar por algo de dinero, que a ellos les parece mucho. Pero ésta es otra historia, otra cuestión de escándalo y horror.

Goy P/0191